



1080046112

DC201

75

1846

V. 2

ed. 2

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEONCapilla Alfonso
Biblioteca Universidad

LIBRO QUINTO.



Heliópolis.

Estado del Egipto despues de la partida del general Bonaparte.— Profundo disgusto del ejército; su deseo de volver á Francia.— Da Kléber pábulo á este sentimiento, en vez de contenerle.— Informe del mismo sobre el estado de la colonia.— Este informe dirigido al Directorio llega á manos del primer consul.— Falsedades que contiene.— Grandes recursos de la colonia, y facilidad de conservarla para Francia.— Kléber mismo, arrastrado por el sentimiento que habia fomentado, se vé obligado á tratar con los turcos y los ingleses.— Culpable convenio de El-Arich, en que se estipula la evacuacion de Egipto.— Negativa de los ingleses á cumplir el convenio pretendiendo obligar al ejército francés á deponer las armas.— Noble indignacion de Kléber.— Rompimiento del armisticio y batalla de Heliópolis.— Dispersion de los turcos.— Kléber los persigue hasta las fronteras de Siria.— Toma del campamento del visir.— Distribuyese el ejército en el bajo Egipto.— Vuelta de Kléber al Cairo con objeto de reducir esta ciudad que se habia sublevado á sus espaldas.— Hábil temporizacion de Kléber.— Despues de haber reunido sus recursos, ataca y recobra el Cairo.— Sumision general.— Alianza con Murad-Bey.— Kléber, que creia no poder mantener sumiso á Egipto, le reconquista en treinta y cinco dias contra las fuerzas de los turcos y de los egipcios insurreccionados.— Repara gloriosamente sus faltas.— Emocion de los pueblos musulmanes, al saber que está Egipto en poder de los infieles.— Viene un fanático de Palestina al Cairo para asesinar á Kléber.— Muerte funesta de este último y sus consecuencias para la colonia.— Tranquilidad presente.— Kléber y Desaix mueren en un mismo dia.— Vida y carácter de estos dos guerreros.

En agosto de 1799, decidido el general Bonaparte en virtud de las noticias de Europa á dejar

repentinamente á Egipto, habia mandado al almirante Ganteaume, que diese orden de salir del puerto de Alejandria á las fragatas la *Muiron* y la *Carrere*, únicos buques que le quedaban despues de la destruccion de la escuadra, y que los llevase á la bahía del Marabout, donde pensaba embarcarse, dos leguas al oeste de Alejandria. Llevaba consigo á los generales Berthier, Lannes, Murat, Andreossy y Marmont, y á los dos sábios de la expedicion á quienes mas queria; Monge y Berthollet. Llegó al Marabout el 22 de agosto (5 de fructidor del año VII) y se embarcó precipitadamente, temiendo siempre ver aparecer la escuadra inglesa. Los caballos que le habian servido para llegar allí, abandonados en la playa, se volvieron á galope á Alejandria. La vista de aquellos caballos con sillas, y sin ginetes, causó una especie de alarma, dando lugar á creer que habia sucedido alguna desgracia á los oficiales de la guarnicion, y á que saliese en su averiguacion del campo atrincherado un destacamento de caballeria. Pero poco despues esplicó lo que todo ello era un batidor turco, que habia presenciado el embarque; y Menou, que era el único á quien se habia iniciado en el secreto, dió en Alejandria la noticia de la partida del general Bonaparte y del nombramiento que habia hecho en Kléber para que le sucediese. Kléber habia recibido una cita para Rossete en el 23 de agosto, pero el general Bonaparte habiendo tenido que apresurar su embarque se habia marchado sin aguardarle. Por otra parte, al imponer á Kléber la pesada carga del mando, tuvo por conveniente dejarle una orden absoluta, que no consintiese contradiccion ni negativa.

Causó esta noticia en el ejército dolorosa sorpresa. En un principio no quisieron darla crédito, y el mismo general Dugna que mandaba en Rossete la desmentia porque no la creia, y porque temia el mal efecto que podia producir. Entretanto no tardó en llegar el momento en que era imposible dudar, y Kléber fué proclamado oficialmente sucesor del general Bonaparte. Oficiales y soldados, quedaron consternados. Habia sido menester el ascendiente que sobre ellos ejercia el vencedor de Italia para arrastrarlos en pos de sí á paises lejanos y desconocidos; y todo el mismo ascendiente era necesario para detenerlos. El amor patrio es una pasion que llega á ser violenta, cuando se halla escitada por la distancia, por la novedad de lugares, y por el temor fundado de que no sea posible la vuelta. Frecuentemente estallaba esta pasion en Egipto por medio de las murmuraciones, que algunas veces terminaban en suicidios. Pero la presencia del general en jefe, su lenguaje, su incesante actividad, bastaban á disipar estos negros vapores. Sabiendo siempre ocuparse á sí mismo y á los demas, cautivaba al mas alto grado, los ánimos, y no dejaba nacer, ó disipaba en torno suyo el tedio que jamas entraba en su alma.

Algunas veces se decia en las filas del ejército que no volveria á ver á Francia y que era imposible atravesar el Mediterráneo, especialmente habiendo sido destruida la escuadra en Aboukir; pero el general Bonaparte estaba allí y con él podian ir sus soldados á todas partes, y hallar de nuevo el camino de su patria ó procurarse otra nueva. Ausente él todo variaba de aspecto. Así fué que

la noticia de su partida fué un golpe mortal y todos la calificaron con las frases mas injuriosas. Nadie comprendia aquel irresistible arranque de patriotismo y ambicion, que al saber los desastres de la República, le habia arrastrado á volver á Francia. Nadie veia mas que el abandono en que dejaba al desgraciado ejército, que habia tenido bastante confianza en su genio para seguirle. Decíase que al fin habia conocido la imprudencia de aquella empresa, y la imposibilidad de llevarla á cabo, puesto que huía, abandonando á otros lo que le parecia irrealizable. Pero salvarse solo, dejando allende los mares á aquellos á quienes habia comprometido, era una crueldad, y hasta cobardia, segun sus detractores; porque detractores tuvo siempre y muy cerca de su persona, hasta en las mas brillantes épocas de su carrera!

Kléber no amaba al general Bonaparte y soportaba su ascendiente con cierta especie de impaciencia. Si en su presencia se contenía, fuera de ella se desquitaba en espresiones descomedidas, Caprichoso y descontentadizo, Kléber habia deseado vivamente tomar parte en la espedicion de Egipto para salir del estado de postergacion en que el Directorio le habia tenido, y ahora ya se lamentaba de haber abandonado las orillas del Rhin por las del Nilo, dándolo á conocer con una debilidad indigna de su carácter. Aquel hombre, tan grande en el peligro, se abandonaba á si mismo como habria podido hacerlo el último soldado. El mando en gefe no le consolaba tampoco de la necesidad de permanecer en Egipto, porque no le gustaba mandar. Asi fué que dejándose arrastrar contra el general Bonaparte, cometió una falta

que podria llamarse criminal si no la hubiesen reparado hechos heróicos, y fué la de contribuir á causar en el ejército una especie de conato de insurreccion. A su ejemplo todos comenzaron á decir que era ya imposible permanecer en Egipto, y preciso volver á Francia. Otros sentimientos se mezclaron tambien al ardiente deseo de volver á la patria, capaces de alterar el espíritu del ejército, y de provocar en él la insubordinacion mas lastimosa.

Dividia entonces y dividió por mucho tiempo una rivalidad antigua á los oficiales que provenian de los ejércitos del Rhin, y á los de los ejércitos de Italia. Dábanse mutuamente celos; tenian unos y otros pretension de hacer la guerra de diversa manera, y de hacerla mejor unos que otros; y, aunque esta rivalidad estuviere contenida por la presencia del general Bonaparte, siempre era en el fondo la causa principal de la discordancia de sus pareceres. Todos los que procedian de los ejércitos del Rhin se mostraban poco adictos á la espedicion del Egipto; y por el contrario los oficiales que habian pertenecido al ejército de Italia, aunque sintiendo verse lejos de Francia, aprobaban la espedicion, porque era obra de su general en gefe. Cuando este hubo marchado, desaparecieron toda reserva y consideracion. Rodeando tumultuosamente a Kléber repitieron todos con él lo que ya de antemano sentian los corazones, esto es, que la conquista de Egipto era una empresa insensata á que era preciso renunciar lo mas pronto posible. Sin embargo, este parecer no dejó de hallar oposicion, pues algunos generales, como Lanusse, Menout, Davout y Desaix sobre todo, se

atrevieron á manifestar otros deseos, formándose desde luego dos partidos, de los cuales el uno se llamó partido colonista y el otro anti-colonista. Por desgracia estaba ausente Desaix, ocupado en dar cima á la conquista del Egipto superior, combatiendo con feliz suceso y gobernando con suma prudencia y sabiduria. Era pues imposible contraponer en aquel momento su influencia á la de Kléber, y para colmo de desgracia no debia quedarse en Egipto. Queriendo el general Bonaparte tenerle á su lado habia cometido la falta de no nombrarle comandante en jefe, dejándole órden de volver á Europa lo mas pronto posible. Desaix cuyo nombre era universalmente querido y respetado en el ejército, y cuyos conocimientos administrativos igualaban á sus conocimientos militares, sin duda habria gobernado perfectamente la colonia, librándose de todas las debilidades á que se entregó Kléber, á lo menos por un momento.

No obstante, Kléber era el general de mas popularidad entre los soldados. Su nombre fué acogido por ellos con entera confianza, y los consoló algun tanto de la pérdida del general ilustre, que acababa de abandonarlos. Pasada la primera impresion, los ánimos, aunque no enteramente serenos, fueron sin embargo cobrando mas serenidad, y pensando con mas justicia. Las conversaciones tomaron otro giro, y al fin llegó á decirse que el general Bonaparte habia hecho bien en acudir al socorro de Francia que estaba en peligro; y que por otra parte, estando ya el ejército establecido en Egipto, lo mejor que podia haber hecho era ir á Paris, á fin de esponer allí su si-

tuacion y sus necesidades, y reclamar auxilios que solamente él podia arrancar á la incuria del gobierno.

Kléber volvió al Cairo, tomó posesion del mando con cierta especie de aparato, y fué á habitar á la plaza de Ezbekyeh en la hermosa casa árabe que habia ocupado su antecesor. Entonces desplegó cierto fausto, no tanto para satisfacer sus pasiones, cuanto para imponer respeto á los orientales; y quiso que su autoridad se hiciese sentir, ejerciéndola con energia. Pero muy pronto los cuidados del mando que le eran insufribles, los muchos peligros con que amenazaban al Egipto los turcos y los ingleses, y el sentimiento de la espatriacion que era ya general, llenaron su alma del mas sombrío desaliento. Despues de haberse enterado del estado de la colonia, dirigió al Directorio una comunicacion llena de errores, acompañándola de un informe del administrador de hacienda, Poussielgue, en la cual se presentaban las cosas bajo un punto de vista enteramente falso y sobre todo lleno de acusaciones contra el general Bonaparte.

En esta comunicacion y en este informe fechados en 26 de setiembre (4 de vendimiario del año VIII) el general Kléber, y el administrador Poussielgue, decian que el ejército, el cual se habia disminuido hasta la mitad, se hallaba en aquel momento reducido á quince mil hombres poco mas ó menos; que estaba casi desnudo, cosa muy peligrosa en aquellos climas, por la diferente temperatura entre el dia y la noche; que no habia cañones, fusiles, municiones ni pólvora, efectos dificiles de reemplazar, porque en Egipto no se encontraba

ni el hierro colado, ni plomo; ni maderas de construcción, ni las materias necesarias para la fabricación de la pólvora; que en la hacienda había un déficit considerable, pues se debían á los soldados cuatro millones de sus haberes, y siete á ocho á los proveedores del ejército; que estaban ya agotados los medios de establecer contribuciones, y el país pronto á sublevarse si se le imponían otras nuevas; habría suma dificultad en cobrar las ya establecidas á los egipcios, porque no habiendo sido abundante la inundación de aquel año, la cosecha se presentaba escasa; que amenazaba á la colonia toda clase de peligros; que los dos antiguos caudillos de los mamelucos, Murad-Bey é Ibrahim-Bey continuaban sosteniéndose con muchos miles de caballos, el uno en el Egipto alto, y el otro en el bajo: que el célebre bajá de Acre, Djezzar, iba á enviar al ejército turco un refuerzo de treinta mil soldados escelentes, los mismos que habían defendido á San Juan de Acre contra los franceses; que el gran visir en persona, habiendo salido de Constantinopla, había llegado ya á las cercanías de Damasco, con un poderoso ejército; que los rusos y los ingleses iban á agregar una fuerza disciplinada á las tropas irregulares de los turcos; que en semejante extremo, solo un recurso quedaba, y era entrar en negociaciones con la Puerta, y que habiendo el general Bonaparte dado el ejemplo y la espresa autorización en las instrucciones que había dejado á su sucesor, se iba á estipular con el gran visir una especie de dominación mista por la cual ocuparía la Puerta la campaña de Egipto, recibiría el *mirí* ó contribución territorial; y la Francia ocuparía las plazas

y fuertes, y cobraría la renta de Aduanas. Añadía á esto Kléber, que el general en jefe había visto venir la crisis, y que esta había sido el verdadero motivo de su marcha precipitada. Mr. Poussielgue terminaba su informe con una calumnia; diciendo que el general Bonaparte, al abandonar á Egipto se había llevado consigo dos millones. Para completar este cuadro es menester añadir que el general Bonaparte había colmado de beneficios á Mr. Poussielgue.

Tales fueron las comunicaciones dirigidas al Directorio por Kléber y Mr. Poussielgue. Tratóbase en ellas al general Bonaparte como hombre á quien se suponía perdido, sin consideración ni miramiento alguno. Considerábasele en efecto espuesto á los dos peligros de ser cogido por los ingleses, ó de ser castigado severamente por el Directorio, por haber abandonado su ejército. ¿Cuál habría sido el embarazo de los hombres que escribían aquellos documentos, si hubiesen sabido que habían de ser abiertos y leídos por el mismo que era el objeto de sus calumnias, el cual había llegado á ser jefe absoluto del gobierno?

Kléber, demasiado superficial para cerciorarse por sí mismo del verdadero estado de las cosas no pensando siquiera en examinar si los datos que enviaba estaban conformes con sus propias palabras, no creía mentir, ni pensaba equivocarse: y lo que únicamente hacía era transmitir por incuria y mal humor las noticias falsas y verdaderas, que las pasiones estaban trayendo continuamente á sus oídos hasta el punto de darles cierto carácter de pública notoriedad. Aquellos despachos fueron encomendados á un primo del director Barrás, y

acompañados de una porcion de cartas, en que los oficiales del ejército exhalaban una desesperacion tan injusta como imprudente. Este pariente del director Barrás fué aprehendido por los ingleses; arrojó precipitadamente á la mar el paquete de pliegos de que era portador; pero este paquete sobrenadó, fué descubierto, recogido y enviado al gabinete británico. Pronto se verá lo que resultó, de estas fatales comunicaciones, caidas en poder de los ingleses y publicadas por toda Europa. Pero Kléber y Mr. de Poussielgue habian dirigido sus despachos á Paris, por dos conductos. Las comunicaciones duplicadas enviadas por diferentes caminos llegaron á Francia y fueron puestas en manos del primer consul.

¿Qué habia de cierto en este cuadro trazado por las imaginaciones alucinadas? En breve podrá juzgarse de una manera segura por los mismos acontecimientos; pero entre tanto conviene rectificar las falsas aserciones que acaban de leerse.

Segun Kléber, el ejército habia quedado reducido á quince mil hombres; sin embargo, en los estados enviados al Directorio, aparecian veinte y ocho mil quinientos. Cuando dos años despues volvió el ejército á Francia, contaban aun sus filas veinte y dos mil soldados, despues de haber dado en ese tiempo muchas batallas campales é innumerables combates. En 1798 salieron de Francia en varios convoyes treinta y cuatro mil hombres; cuatro mil se habian quedado en Malta, habian llegado treinta mil á Alejandria. Mas tarde vinieron á reforzar el ejército tres mil marinos, restos de la escuadra destruida en Aboukir, y aumentaronlo de nuevo hasta treinta y tres mil

hombres. Desde 1798 á 1799 habia perdido cuatro ó cinco mil soldados; por consiguiente en 1800 habia de constar de veinte y ocho mil hombres, de los cuales veinte y dos mil cuando menos estaban en disposicion de entrar en batalla.

Es Egipto un pais saludable en que sanan las heridas con rapidez extraordinaria, y aquel año no habia peste, y apenas existian algunos enfermos. El Egipto estaba lleno de cristianos, griegos, sirios ó cophtos, que deseaban alistarse en nuestras filas, y que podian dar quince ó veinte mil reclutas escelentes. Los negros de Darfour comprados ó emancipados, proporcionaron á una sola de nuestras semi-brigadashasta quinientos buenos soldados. El Egipto por otra parte estaba sujeto. Los campesinos que le cultivan, acostumbrados á obedecer á toda clase de señores, jamás pensaban en tomar un fusil. A escepcion de algunos motines en las ciudades, únicamente habia que temer á los turcos indisciplinados que venian de tierras lejanas, ó á ingleses mercenarios traídos en algun buque con gran trabajo. Para hacer frente á enemigos semejantes, era el ejército francés mas que suficiente, estando dirigido no con superior habilidad, y si únicamente con buen juicio.

Decia Kléber en sus comunicaciones que el soldado estaba desnudo; pero el general Bonaparte, habia dejado telas para vestirle, y un mes despues de enviadas estas comunicaciones, estaba el ejército enteramente equipado de nuevo. De todos modos el Egipto abundaba en telas de algodón, que producía lo bastante para surtir á toda el Africa. Lo mas fácil del mundo habria sido proveerse de estas telas, bien comprándolas ó exi-

giéndolas como una parte de contribucion. En cuanto á viveres, Egipto es el granero de los paises donde escasean los cereales. El trigo, el arroz, la vaca, el carnero, las aves, el azucar y el café tenían entonces allí un precio diez veces menor que en Europa. Era tanta la baratura de los géneros que el ejército, aun cuando no estuviere abundante en recursos, podia muy bien pagar cuanto consumiese, es decir, que podia mantenerse en Africa mucho mejor que se mantienen en Europa los ejércitos cristianos, donde todo el mundo sabe que viven sobre el pais conquistado sin pagar nada. Decia Kléber tambien que le faltaban armas, y tenia de repuesto once mil sables, quince mil fusiles, mil cuatrocientos ó mil quinientos cañones, de los cuales eran ciento ochenta de campaña. Alejandria, de la cual afirmaba que estaba desprovista de artilleria desde el sitio de San Juan de Acre, tenia mas de trescientas piezas en baterias. En cuanto á municiones, quedaban tres millones de cartuchos para infanteria, veinte y siete mil para cañon ya fabricados, y recursos para fabricar mas, pues habia en los almacenes doscientos mil proyectiles, y pólvora para cien mil millares de cartuchos. Los sucesos posteriores demostraron la exactitud de estos datos, pues el ejército continuó peleando por espacio de dos años, y dejó á los ingleses considerables provisiones. ¿Qué se habria hecho, sino, en tan poco tiempo el material inmenso cuidadosamente acumulado por el general Bonaparte, para la escuadra que transportó el ejército á Egipto?

En lo relativo á la hacienda, el informe de Kléber era igualmente inesacto. Los sueldos se

pagaban al corriente. Verdad es que aun no se habia establecido un sistema de hacienda definitivo y adecuado, para mantener al ejército sin vejar al pais; pero los recursos existian, y con solo mantener los tributos creados, se podia vivir con abundancia. De las contribuciones del año se debian mas de diez y seis millones, cuya cantidad bastaba para hacer frente á todas las atenciones corrientes; y no habia llegado el caso de asustar á las poblaciones con nuevos tributos. Las cuentas presentadas mas adelante demostraron que el Egipto, bien administrado, podia producir al erario veinte y cinco millones anuales. Con arreglo á este tipo, segurante no pagaba la mitad, de lo que le sacaban con mil vejaciones los numerosos tiranos que le oprimian con el nombre de mamelucos. Segun el precio de los efectos en Egipto, el ejército podia vivir con diez y ocho ó veinte millones. En caanto á las arcas públicas el general Bonaparte las habia respetado tanto, que ni aun para su marcha habia percibido el total de su sueldo.

Por lo que toca á los próximos peligros que amenazaban á la colonia, he aqui la verdad. Murad-Bey recorria desalentado el Egipto superior con algunos mamelucos: Ibraim-Bey, que en el gobierno de los mamelucos compartia con él la soberania, se hallaba entonces en el bajo Egipto hácia las fronteras de Siria, y en lugar de algunos miles, seguramente tenia cuatrocientos caballos. Djezzar-Baja seguia encerrado en San Juan de Acre. Lejos de preparar un socorro de treinta mil hombres para el ejército del visir, veia por el contrario con sumo disgusto la aproximacion de un nue-

vo ejército turco, especialmente entonces que subajalato estaba ya fuera del poder de los franceses. En cuanto al gran visir, aun no habia pasado el Tauro. Las tropas inglesas estaban en Mahon, y en aquel momento pensaba su gobierno emplearlas en Toscana, en Nápoles ó en el litoral de Francia. Lo que se decía de una expedicion rusa era una pura fábula, pues los rusos jamás habian pensado en hacer tan larga travesia para acudir al socorro de la política inglesa en Oriente.

Los habitantes no estaban tan dispuestos á un levantamiento como se decía. Teniendo consideraciones como habia prescripto el general Bonaparte, con los Sheiks, que son los sacerdotes y jurisconsultos de los árabes, era muy fácil ganárselos. Ya entonces principiábamos á tener algun partido entre ellos. Teniamos además en nuestro favor los cophtos, los griegos y los sirios, que, siendo todos cristianos se portaban con nosotros como amigos y útiles auxiliares. Por consiguiente nada habia que temer por este lado. Es indudable que si los franceses sufrían alguna derrota, los egipcios con la acostumbrada movilidad de los pueblos conquistados, harian lo mismo que acababan de hacer los italianos, esto es, unirse con el vencedor del dia, contra el vencedor de la vispera. Sin embargo, apreciaban ellos bien la diferencia que existia entre la dominacion de los mamelucos que los oprimian sin soltar el sable de la mano, y los franceses que respetaban sus propiedades, y rara vez atentaban contra sus vidas.

Kléber, pues habia cedido á peligrosas exageraciones, triste producto del odio, del fastidio y

del destierro. A su lado el general Menou, mirándolo todo bajo colores mas favorables, creia á los franceses invencibles en Egipto, y contemplaba la expedicion como principio de una revolucion próxima y considerable en el comercio del mundo. Jamás se ve libre el hombre de estos caprichos personales en semejante especie de juicios. Kléber y Menou eran dos hombres honrados y sinceros, pero el uno queria permanecer en Egipto y el otro salir de él; los datos mas claros y auténticos significaban para ellos las cosas mas contrarias; para el uno la miseria y ruina; para el otro la abundancia y el triunfo.

Por otra parte, cualquiera que fuese la situacion, Kléber y su partido cometian una culpa grave al pensar en una evacuacion que no tenían derecho de llevar á cabo. Cierto es que el general Bonaparte, en instrucciones llenas de cordura y examinando todos los casos posibles, habia previsto hasta el caso de que el ejército se viese obligado á evacuar el Egipto.—Parto para Francia decía; y sea como particular ó como hombre público, conseguiré que se os envíen socorros. Pero si en la próxima primavera (escribia esto en agosto de 1799) no habeis recibido ni socorro ni instrucciones, si además de las pérdidas de la guerra, acabase la peste con mas de mil quinientos hombres; si os apurasen vivamente con una fuerza considerable, á que no podais oponer resistencia, tratad con el visir; consentid si es necesario hasta en evacuar ese pais; pero con una condicion, la de obtener para ello el consentimiento del gobierno francés y entre tanto continuad ocupándolo. De esta manera ganareis tiempo, en cuyo

intervalo será imposible no seais socorridos.—Estas instrucciones eran muy prudentes; pero el caso previsto en ellas estaba lejos de realizarse. En primer lugar no se estaba en la primavera de 1800: y para poner en ejecucion lo que prevenia el general Bonaparte, habria sido necesario que no se hubiese recibido en esta época socorro alguno; que estoviese acosado el ejército por fuerzas superiores; y por-último que la peste le hubiese arrebatado parte de sus batallones; y nada de esto ni cosa alguna parecida habia sucedido antes, ni sucedió despues. Abrir una negociacion sin estas condiciones era un verdadero atentado.

En setiembre de 1799 (vendimiario del año VIII) Desaix despues de haber terminado la conquista y sumision del alto Egipto, dejó dos columnas volantes en persecucion de Murad-Bey, á quien habia ofrecido la paz con la condicion de que se hiciese vasallo de la Francia. En seguida volvió al Cairo de orden de Kléber que queria servirse de su nombre en las malhadadas negociaciones que iba á emprender. Entretanto el ejército del visir, tanto tiempo hacia anunciado, habia avanzado lentamente. Sir Sidney-Smith, que convoyaba con sus embarcaciones las tropas turcas destinadas á viajar por mar, acababa de traer delante de Damietta ocho mil genizaros. El 4.º de noviembre de 1799 (10 de brumario del año VIII) hicieron su primer desembarco cuatro mil genizaros hácia el Bogaz de Damietta, esto es, á la entrada del brazo del Nilo que pasa por delante de esta ciudad. El general Verdier, que no tenia en Damietta mas que mil hombres, salió con ellos, se traslado al otro lado del fuerte de Lesbeh sobre

una angosta lengua de tierra, en cuya orilla habian desembarcado los turcos, y sin dar tiempo para que llegasen los cuatro mil genizaros restantes, acometió á los otros cuatro mil que estaban en tierra. Apesar del fuego de la artilleria inglesa, ventajosamente colocada en una torre antigua, los derrotó, pasando á cuchillo ó dejando que se ahogasen, mas de tres mil y haciendo prisioneros á los demás. Las lanchas cañoneras, viendo aquel espectáculo, se volvieron hácia sus buques, y no desembarcaron lo restante de las tropas turcas. Los franceses, únicamente tuvieron veinte y dos hombres muertos y cien heridos!

A la primera noticia de este desembarco, destacó Kléber á Desaix con una columna de tres mil hombres; pero enviado inútilmente á Damietta encontró á los franceses llenos de una confianza ilimitada, hija de la conseguida victoria. Este brillante hecho de armas deberia haber dado aliento á Kléber, pero por desgracia lo abrumaban la tristeza y el disgusto del ejército. Kléber habia logrado arrastrar los ánimos y estos á su vez le arrastraban hácia la fatal resolucion de evacuar inmediatamente el pais. Las murmuraciones contra el general Bonaparte volvieron á renovarse. Este jóven temerario, decian, que habia abandonado el ejército francés á las eventualidades y entregádose á sí mismo á otros peligros, desafiando los mares y los cruceros ingleses para llegar á Francia; este jóven temerario, por fuerza habria debido sucumbir en la travesia. Los generales prudentes, amaestrados en las campañas del Rhin, debian despertar de una ilusion insensata y volver á Europa, con unos

soldados valientes, é indispensables á la República, la cual por todas partes se veia amenazada.

Estando en esta disposicion los ánimos, Kleber envió á verse con el visir que habia entrado en Siria, á uno de sus oficiales, para hacerle nuevas proposiciones de paz. El general Bonaparte, queriendo indisponer al visir con los ingleses, habia tenido la idea de comenzar algunas negociaciones las cuales no eran otra cosa que una ficcion de su parte. Las demostraciones habian sido recibidas con bastante orgullo y desconfianza. Las de Kléber recibieron mejor acogida por la influencia de sir Sidney Smith, que se disponia á hacer un gran papel en los negocios de Egipto.

Este oficial de la marina inglesa, habia contribuido bastante á impedir la toma de San Juan de Acre; y con ello estaba engreido y desde entonces se habia propuesto una estratagema de guerra, segun la espresion de los agentes ingleses, estratagema que consistia en aprovechar cualquier momento de debilidad para arrebatár á los franceses su preciosa conquista. Y efectivamente, mostrando todas las cartas de nuestros oficiales interceptadas el deseo que los consumia de volver á Francia, sir Sidney Smith trabajaba porque el ejército se resolviese á entrar en negociaciones, haciéndole firmar una capitulacion para que, antes que el gobierno francés tuviese tiempo de conceder ó negar su ratificacion se diese á la vela inmediatamente, para desembarcar en seguida en las playas de Europa. Bajo este aspecto habia conseguido que el gran visir diese oidos á las proposiciones de Kleber. En cuanto á él dedicándose á colmar de agasajos á los oficiales fran-

ceses, les dejaba que recibiesen noticias de Europa pero cuidando de interceptarles las que eran posteriores al 18 de brumario. Kléber por su parte acababa de enviar un negociador á sir Sidney Smith, porque siendo los ingleses dueños del mar, queria hacerlos intervenir en la negociacion, para que pudiese verificarse su vuelta á Francia. Sir Sidney, apresurándose á recibir este mensaje, se habia mostrado dispuesto á entrar en un acomodamiento pero añadiendo que en virtud de un tratado de 5 de enero de 1799, que él mismo habia negociado, existia una triple alianza entre la Rusia, la Inglaterra y la Puerta, por el cual se obligaban estas tres potencias á hacerlo todo mancomunadamente y que por lo tanto ningun arreglo entre la Puerta y la Francia podia ser válido ni ejecutorio, si no se verificaba de acuerdo con los agentes de las tres naciones. Sir Sidney Smith usaba en sus comunicaciones del titulo de *ministro plenipotenciario de S. M. Británica cerca de la Puerta Otomana y comandante de la escuadra en los mares de Levante.*

Dábase sir Sidney Smith un titulo que efectivamente le habia correspondido, pero que no podia llevar ya desde la llegada de lord Elgin en calidad de embajador á Constantinopla; y en realidad no tenia á la sazón mas facultades que las que tiene siempre un gefe militar; las de firmar convenios de guerra, suspension de armas, etc.

Kléber sin parar la consideracion en esto, y sin saber si trataba con agentes suficientemente acreditados, se empeñó ciegamente en tan peligroso camino á que le arrastraba un pensamiento

comun á todo el ejército y en donde habria hallado su deshonor, si por fortuna suya no le hubiese dotado el cielo, de una alma heroica, que habia de esforzarse y de sobreponerse á sus deseos desde el momento en que conociese toda la estension de su falta. Pero entrando desde luego en negociaciones, ofreció á sir Sidney Smith así como al visir, que habia avanzado hasta Gazale en Siria, á nombrar á algunos oficiales con plenos poderes para entablar las negociaciones; y, repugnándole recibir á los turcos en su campamento, y no queriendo por otra parte esponer á sus oficiales á peligro ó insultos en medio del indisciplinado ejército del gran visir, pensó que el lugar donde se celebrasen las conferencias fuese el navío *Tigre*, que mandaba sir Sidney Smith.

Sir Sidney, que no cruzaba en aquellos mares sino con dos únicos navios (lo cual, sea dicho de paso, probaba suficientemente la posibilidad en que se hallaba la Francia de comunicarse con el Egipto), en aquel momento no tenia mas que uno; paés el otro, el *Teseo*, estaba carenándose en Chipre; y como el estado del mar le obligaba á alejarse frecuentemente, sus comunicaciones con la tierra ni eran prontas ni regulares. Así es que pasó algun tiempo antes de alcanzar su consentimiento. La respuesta llegó al fin y se reducía á manifestar que inmediata y sucesivamente iba á trasladarse á Alejandria y Damietta, para recibir á su bordo á los oficiales que le enviase Kléber.

Nombró éste á Desaix y al administrador Poussielgue, el mismo que tan torpemente habia calumniado al general Bonaparte y á quien los

egipcios en sus relaciones árabes llaman el *visir del sultan Kléber*. Poussielgue, de opinion contraria á la de Desaix defendia el proyecto de evacuacion. Desaix habia hecho los mayores esfuerzos por oponerse al torrente y por dar aliento al corazon de sus compañeros de armas, y únicamente tomó á su cargo la negociacion emprendida por Kléber con la esperanza de darle largas, y esperar á que llegasen de Francia órdenes y recursos. Kléber para disculparse con Desaix, le decia que el general Bonaparte habia sido el primero que habia comenzado las negociaciones con los turcos, y que además habia previsto y autorizado de antemano un tratado de evacuacion, para el caso de un peligro inminente. Desaix, mal enterado, seguia esperando que aclarase sus dudas el primer buque que llegase de Francia, y que acaso variase tambien con las noticias que trajese la deplorable disposicion del estado mayor del ejército. Al fin partió con Mr. Poussielgue, y no habiendo podido hallar á sir Sidney Smith en las aguas de Alejandria, le halló al frente de Damietta, y llegó con él á bordo del *Tigre* el 22 de diciembre de 1799 (1.º de nivoso del año VIII). En estos momentos acababa el general Bonaparte de ser revestido de la suprema autoridad en Francia.

Sir Sidney Smith, á quien satisfacía en estremo llevar á su bordo á un plenipotenciario como Desaix, le recibió con agasajo, y procuró por todos los medios posibles de persuasion, inducirlo al proyecto de evacuar el Egipto.

Desaix supo defenderse perfectamente, haciendo valer las condiciones que su gefe le habia encargado que pidiera. Estas condiciones inadmi-